

INTRODUCCIÓN

Abordar los procesos que hacen posible la sucesión y el balance de poder entre liberales y conservadores en Canadá genera variables de análisis difíciles de percibir en un primer momento, sobre todo, por el carácter profundamente conservador de sus élites, las cuales han logrado, por medio de una serie de acuerdos pragmáticos, mantener y conservar el poder político, gracias, entre otras cosas, a acciones orientadas a fortalecer el carácter federal del país, evitando así un desmembramiento político y geográfico. Lo anterior ha sucedido porque dichos grupos encumbrados en el poder económico y político han estructurado un discurso incluyente que dinamiza los valores de la democracia, haciéndolos extensivos hacia el resto de la población.

Con el paso de los años, este discurso ha incrustado exitosamente el concepto de la democracia como una herramienta de uso constante en los círculos de poder del país. Esto es verificable, incluso, desde antes de la fundación oficial de Canadá en 1867, justo después de que la reina Victoria de Inglaterra ordenara, mediante un decreto real, la creación de un dominio territorial llamado Canadá, ubicado en lo que eran sus vastos territorios del lejano norte de América.

Una vez establecida la existencia de Canadá como ente político en el siglo XIX, se hizo necesario adoptar nuevos mecanismos que legitimaran los añejos usos y costumbres políticos de origen británico, instalados en la cúspide social del nuevo país. Para lograrlo, resultó imprescindible llevar a cabo ejercicios democráticos que dieran legitimidad a los gobiernos canadienses que estaban por venir.

Por consiguiente, los grupos oligárquicos que mayor beneficio e influencia tuvieron durante los años de dominio monárquico británico decidieron conformar dos bandos políticos que, de acuerdo con sus intereses, les permitieran acceder al ejercicio del poder mediante la legitimidad del voto de sus ciudadanos. Cabe reiterar que estos grupos ya concentraban en buena medida amplia influencia económica en los territorios en cuestión, de modo que no fue difícil ponerse de acuerdo respecto a los lineamientos a seguir. Para tal efecto, reuniones como la llevada a cabo en 1865 en Quebec dieron paso a la oficialización de un proyecto político que permitió amalgamar valores, intereses y características que todo gobierno canadiense debía seguir, una vez que la Corona formalizara su permiso para el autogobierno.

Así, estos grupos de connotados ciudadanos del nuevo dominio canadiense se dividieron en dos bandos: liberales y conservadores. Los primeros adoptaron los ideales liberales de los maestros ingleses, buscando adaptar la realidad de Canadá a las teorías desarrolladas en Europa, promoviendo para tal fin valores como la libertad de prensa y de pensamiento, además del libre comercio con Estados Unidos. Este último elemento buscaba diversificar sus intereses económicos y comerciales, con el objetivo de limitar, a mediano plazo, su dependencia de Gran Bretaña.

Por su parte, los conservadores buscaron privilegiar sus relaciones con la Corona inglesa, en un intento por desarrollar un nuevo sistema que fortaleciera su capacidad de autogobierno pero que, al mismo tiempo, hiciera posible un mayor acercamiento por medio de sus lazos políticos y económicos con la metrópoli.

Como puede identificarse, ambas plataformas sirvieron para diferenciar en sus orígenes a liberales y conservadores, quienes se afanaban en lograr su legitimación mediante el voto de los ciudadanos. Hecho esto, una vez acordados los valores comunes a salvaguardar, los dos partidos dominantes se han enfrascado, a través de los años, en duras batallas políticas y electorales, mismas que han fortalecido el espíritu democrático entre su ciudadanía. Como muestra de ello, la alternancia de gobierno entre ambos grupos ha sido un elemento que moldea el imaginario colectivo canadiense, consolidando su idea de que el país vive en un Estado democrático.

Con el paso de las décadas, el sistema político de Canadá ha adquirido características propias, gracias al manejo de viejas prácticas políticas británicas que han sido adaptadas a una realidad particular. Dentro de estos añejos modelos británicos, sobresale sin duda la adopción del sistema parlamentario, dividido en dos cámaras. La primera de ellas, la Cámara Alta, está constituida por senadores que no son elegidos por la ciudadanía, y cuya principal labor se concentra, en los hechos, en salvaguardar los intereses de las élites de las cuales provienen.

La segunda es la Cámara Baja o Cámara de los Comunes; se caracteriza por ser la única en donde los protagonistas son elegidos de manera directa por el pueblo, y su duración en el cargo se encuentra muy comprometida con los tiempos electorales de la federación. Tal característica no estimula, en lo general, largas carreras para sus protagonistas en el ejercicio parlamentario, situación que facilita la entrada y salida constante de miembros en el Parlamento canadiense.

Este libro se centra precisamente en la Cámara de los Comunes, pues en ella se aglutinan todas las fuerzas políticas del país, toda vez que en el Senado, de acuerdo con lo que ya se señaló, sólo tienen cabida elementos provenientes de las élites sociales, políticas y económicas del país. Cabe añadir que la extracción de tales senadores ha sido exclusivamente de carácter liberal o conservador, esto, pese a existir un número considerable de otros partidos políticos, tanto en el nivel provincial como en el federal.

Destaca así, en el caso de la Cámara de los Comunes, cómo la consolidación bipartidista establecida desde el inicio del sistema político canadiense ha provocado que solamente en tres ocasiones, agrupaciones políticas que no son las tradicionales (liberal o conservadora) hayan logrado ocupar su lugar como primera minoría opositora en dicha cámara a lo largo de ciento cuarenta y cinco años en cuarenta y un legislaturas diferentes. Los casos particulares en los que se rompió la regla del duopolio liberal-conservador han sido los progresistas en las elecciones de 1921, el Bloque Quebequense en las elecciones de 1993 y el Partido Neodemócrata en las elecciones de 2011.

Sin embargo, el que las élites liberales y conservadoras hayan logrado mantener alejados del poder a los demás grupos políticos del país durante décadas no es el logro máximo de ambos partidos. El ejercicio prácticamente sin interrupciones en el poder ha otorgado el tiempo necesario para que los grupos oligárquicos de Canadá consoliden los usos y prácticas del federalismo en un territorio muy extenso, en el cual dos culturas occidentales dominantes (la francesa y la inglesa) se han encontrado desde siempre en pugnas continuas.

En este sentido, la población de origen anglosajón y protestante, asentada de forma mayoritaria en la costa atlántica, en las provincias del altiplano central y en el oeste del país, se contrapone a la población mayoritaria de origen francófono católico que se concentra, primordialmente, en la provincia de Quebec y en menor medida en la provincia de Nueva Brunswick.

Esta pugna entre ambos grupos sociales de origen europeo occidental ha generado que el propio sistema político canadiense, a través de sus ejes oligárquicos, haya centrado sus esfuerzos en convencer a los ciudadanos de la conveniencia de consolidar la diversidad de las dos culturas europeas dominantes, como mecanismo necesario para alcanzar los consensos sociales mínimos que hagan posible la unión política del país de manera permanente. Lo anterior ha requerido adoptar soluciones pragmáticas que salvaguarden la unión política del territorio, sobre todo después de los intentos separatistas de Quebec por medio de sendos referéndums llevados a cabo en 1980 y 1995.

Estos eventos desarrollados en Quebec han representado las más serias amenazas para el federalismo canadiense, pues fueron resultado de una serie de vacíos políticos que estimularon el sentimiento nacionalista entre amplios sectores de la población de origen francófono. Sin duda alguna, Quebec ha sido el ejemplo más claro de cómo el federalismo canadiense ha venido adaptando e incorporando elementos exógenos en la búsqueda de garantizar su propia existencia. Entre estas herramientas externas utilizadas, se identifica la práctica del modelo federalista estadounidense dentro del cual conviven, en cierta medida, modelos tradicionales británicos.

Tal amalgama de elementos políticos ha conformado un sistema federal en Canadá, el cual ha ido evolucionando de ser un sistema muy centralizado en sus

orígenes, a otro que se caracteriza por ofrecer en la actualidad una extensa libertad provincial, superior incluso a la que hay en los estados de la Unión Americana.

De esta forma, y regresando al tema de las élites liberales y conservadoras canadienses, cabría afirmar que han alcanzado un relativo equilibrio; característica que les ha permitido, por un lado, mantener la unión del país, y por el otro, resistir los embates expansionistas estadounidenses. En dicho sentido, la centralización del poder en la toma de decisiones y el cabal cumplimiento de las políticas federales, así como el enorme poder que concentra el primer ministro, han servido como elementos muy efectivos para permitir que Canadá siga siendo un ente político unificado.

Es necesario reconocer que, para lograr esto, las élites canadienses han elaborado una serie de principios profundamente conservadores, que parecerían contradecir el carácter incluyente y cosmopolita del resto de la nación a la cual representan. Al respecto, habría que señalar diversos valores; sin embargo, sobresale una clara tendencia, transmitida con éxito al resto de la sociedad, por medio de la cual han logrado mantenerse vigentes viejos valores tradicionalistas. Un claro ejemplo de esto es la imposibilidad de elegir senadores o la desaprobación popular para consolidar gobiernos de coalición entre diferentes partidos políticos, lo cual ha impedido que otros partidos que no sean los dos ya tradicionales puedan acceder al poder y, con ello, generen impacto en las políticas de gobierno.

Asimismo, la aceptación popular para que un partido político con un 16 por ciento del voto nacional pueda alcanzar solamente dos diputaciones en la Cámara de los Comunes, mientras que otro partido político, de carácter puramente regional, con el 13.5 por ciento del voto pueda concentrar cincuenta y cuatro asientos en la misma cámara —tal y como sucedió en las elecciones federales de 1993—, se constituye en uno de los grandes pendientes y contradicciones a los que se enfrenta la democracia electoral canadiense en la actualidad, cuyas élites no han permitido, en buena medida, su adecuada modernización.

Entonces, puede afirmarse que los grupos oligárquicos liberales y conservadores han logrado amalgamar sus valores en torno a ejercicios de gobierno poco diferenciados entre sí, pues sus administraciones suelen compartir las mismas prácticas según parámetros poco divergentes. Dicha situación, tal y como se verá a lo largo del presente libro, ha hecho que el ejercicio de gobierno en Canadá se convierta en una constante renovación de sus actores, pero no así de sus valores y principios. En tal sentido, es oportuno precisar que tales valores son adjudicados a los padres fundadores de la patria desde la reunión de Quebec en 1865.

Cabe destacar que, en su papel, las élites conservadoras y liberales han compartido un ejercicio de poder más orientado hacia el centro en sus acciones de gobierno. Dicha característica ha hecho menos complicada la sucesión de poder entre ambos partidos. Tal dinámica ha sido estimulada por una serie de paradigmas vigentes en

el nivel internacional —sobre todo después de la segunda guerra mundial—, que hicieron poco atractivos los modelos electorales y de gobierno tanto de la extrema derecha fascista europea como de la extrema izquierda del estalinismo soviético. Aunado a lo anterior, el agresivo expansionismo e imperialismo capitalista de Estados Unidos, llevado a la práctica durante los años de la posguerra, provocó que una opción industrializada, centrista y moderada de gobierno, con fuertes impulsos de políticas de apoyo social, se convirtiera en la opción más atractiva y menos costosa para que las élites políticas de Canadá logaran asegurarse la conservación y sucesión continua del poder.

Por lo tanto, los elementos señalados con anterioridad nos ayudarán a entender cómo, por qué y con qué motivaciones actúan las élites liberales y conservadoras en Canadá, con el objetivo de esclarecer las dinámicas particulares que han hecho del federalismo canadiense un claro paradigma de la historia política del país.

En lo que corresponde a la temporalidad que abarca este libro, cabría hacer la aclaración de por qué comenzar el análisis en la década de los años ochenta. Precisamente en dicha década comienza a tomar fuerza el modelo económico neoliberal impulsado desde Estados Unidos, situación que provocó un viraje gradual del tradicional modelo canadiense asistencialista llevado a cabo por liberales y conservadores durante buena parte del siglo xx, con el fin de adaptarse a las condiciones que implicaban los recortes al gasto público que sostenía la disciplina neoliberal transmitida desde los centros de pensamiento estadounidenses, y diseminada al resto del mundo en esa década de los ochenta, sobre todo, por la administración de Ronald Reagan en Estados Unidos y Margaret Thatcher en Inglaterra.

Esta tendencia política neoliberal obligó a liberales y conservadores canadienses a reorganizar y modernizar sus programas políticos con el fin de hacerlos más atractivos electoralmente, y ajustarlos así a las nuevas tendencias internacionales impulsadas desde las oficinas de Washington. De tal modo, este ajuste en el discurso político y en las acciones de gobierno que se ha experimentado en Canadá desde los años ochenta por parte de liberales y conservadores ha marcado la ruta a seguir a los nuevos líderes de ambos partidos, para quienes la paradoja de mantener un sistema neoliberal capitalista de primer mundo, emparejado con un sistema social eficiente y asistencialista, parecería ser la gran meta —o el gran problema a resolver— que ha concentrado la atención de los gobiernos en Canadá durante los últimos treinta años.

Este libro se divide en tres capítulos. El primero se centra, de manera necesaria, en explicar el sistema político canadiense, ejercicio cuyo objetivo primordial es identificar los orígenes de la federación, ya que de este modo pueden conocerse las características que privaron en el momento de la fundación de los dos primeros partidos políticos contendientes, en este caso el Partido Liberal y el Partido Conservador.

Al mismo tiempo, se busca dar a conocer los valores ideológicos que ambas agrupaciones políticas han diseñado, con la meta de sumar ciudadanos a sus causas electorales a lo largo del tiempo.

Como parte de este ejercicio de reconocimiento de liberales y conservadores, la presente investigación se aboca a remarcar las características de sus primeras administraciones, así como de sus liderazgos emblemáticos. Al respecto, tal y como se ha mencionado, en medio de un país con élites profundamente tradicionalistas —ya sea liberales o conservadoras—, se hace necesario conocer sus primeros liderazgos, pues sólo así se podrá estar en condiciones de identificar las líneas de acción a seguir por parte de sus herederos políticos en las décadas siguientes.

Una vez establecidos los orígenes y características de liberales y conservadores, el segundo capítulo se centra en la observación y análisis de las últimas tres décadas de la historia política canadiense, vista desde el Partido Liberal (1980 a 2011). En este sentido, no sólo desarrollamos una descripción, sino que rastreamos sucesos clave en los procesos internos que han dado origen a sus diferentes liderazgos. De igual forma, se abordarán las principales características de aquellos líderes que han ocupado el cargo de primer ministro.

Con dichos elementos, será posible identificar las distintas figuras cuyo conocimiento y manejo del federalismo, así como del sistema parlamentario y electoral canadiense, los han hecho destacar como grandes íconos políticos liberales. En estos casos sobresalen sin duda alguna Pierre Elliot Trudeau y Jean Chrétien, quienes juntos acumularon veinticinco años de gobierno, y cuyas administraciones ayudaron a reforzar la idea de que el Partido Liberal era el partido natural de gobierno para Canadá.

De manera paralela, también se estudiarán los casos de los liderazgos liberales fallidos y sus orígenes, cuya consecuencia más clara la constituye la derrota liberal en las elecciones federales de mayo de 2011, cuando la poderosa maquinaria electoral liberal quedaría reducida a un 18.9 por ciento del voto popular, lo que significó alcanzar sólo treinta y cuatro asientos en la Cámara de los Comunes de los trescientos ocho en disputa. Esta debacle sólo puede explicarse por una serie de desatinos en la forma de elegir liderazgos, así como por una profunda división imperante en dicha agrupación política durante los años previos.

Las consecuencias de esta fractura al interior del Partido Liberal, muy reciente por sus últimos sucesos, dificulta la existencia de una amplia obra bibliográfica para su documentación. Sin embargo, pueden encontrarse algunos trabajos en donde se describen y analizan los hechos sobresalientes, de modo que para efectos de esta investigación nos hemos basado en dos de ellos. En primer lugar, destaca el trabajo de Brooke Jeffrey, académica de la Universidad de Concordia en la Provincia de Quebec, quien en su libro *Divided Loyalties: The Liberal Party of Canada*,

1984-2008 (2010) hace un recuento de los desencuentros entre los dos líderes liberales de su momento: Paul Martin y Jean Chrétien.

Jeffrey afirma algo que es muy común encontrar en varios medios noticiosos canadienses, en los cuales se señala a Paul Martin como una de las figuras cuyos desatinos aceleraron la debacle liberal en las elecciones federales de 2011. Los motivos de esto obedecen a que los ánimos de sucesión anticipada de parte de Martin terminaron fracturando la unidad liberal, hecho que provocó encono entre grupos afines al propio Martin y al primer ministro Jean Chrétien, cuya administración tuvo que ser suspendida, entre otras cosas, por la presión que ejerció el propio Martin para sucederlo.

En este sentido, Jeffrey sostiene que Paul Martin y sus seguidores olvidaron los principios básicos que lograron la fortaleza liberal durante muchos años al encabezar venganzas políticas en contra de miembros de su propio partido afines a Jean Chrétien. Incluso, las heridas que provocaron estas venganzas personales se notaron en los procesos internos de 2006 y 2008, los cuales dieron forma al desastre electoral liberal de mayo de 2011.

La otra opinión académica que hemos seguido muy de cerca para analizar las características del Partido Liberal es la de Stephen Clarkson, antiguo asesor del primer ministro Pierre Elliot Trudeau, y académico de la Universidad de Toronto. En su libro *The Big Red Machine: How the Liberal Party Dominates Canadian Politics* (2005), ofrece una serie de datos que permiten conocer los puntos débiles, así como las fortalezas del Partido Liberal. De este modo, las variables que ofrece Clarkson dan la oportunidad de considerar a Paul Martin como un político hiperactivo y poco paciente, cuyas acciones terminarían debilitando al partido frente a sus electores tradicionales a inicios del siglo XXI.

Es oportuno señalar que la teoría de Clarkson sobre Canadá como satélite de Estados Unidos, desarrollada en su libro *Canada and the Reagan Challenge: Crisis and Adjustment 1981-1983* (1985) fue muy significativa para desarrollar este trabajo. Por medio de ella, Clarkson identifica que la relación de Canadá con su vecino del sur proviene de un duopolio desbalanceado que provoca sometimiento fáctico a las decisiones tomadas desde Washington.

Considerando lo anterior, se explica entonces cómo a través de las décadas, la figura de primer ministro en Canadá ha logrado desarrollar una enorme concentración de poder, misma que es una característica innegable del federalismo canadiense y ha permitido ofrecer resistencia —por parte de administraciones liberales en el poder— a las dinámicas unilaterales estadounidenses en varios momentos.

Sin embargo, de manera paradójica, este estudio y análisis de Clarkson nos ayuda a entender cómo opera la misma concentración de poder del primer ministro, pero durante administraciones conservadoras. Por lo tanto, y sobre todo a partir de

esta gran concentración de poder, las relaciones de Canadá con Estados Unidos suelen ser más activas y cercanas cuando el Partido Conservador es gobierno, y éstas se fortalecen aún más cuando el Partido Republicano encabeza el poder en Washington. De esta forma, a lo largo de este libro, el pragmatismo de la teoría del satélite de Clarkson nos ayudará a comprender muchas de las decisiones canadienses asumidas por sus primeros ministros en materia de política exterior.

En el tercer y último capítulo de esta publicación, nuestro análisis y desarrollo se centrará en conocer los procesos partidistas internos del ala conservadora canadiense durante las décadas de los años ochenta, noventa y la primera del siglo XXI. Asimismo, se revisarán los liderazgos de sus distintas agrupaciones políticas, además de las características de sus gobiernos. Sobresaldrán en dicho apartado figuras del Partido Conservador Progresista como Joe Clark y Brian Mulroney. Del Partido Reformista se analizará a Preston Manning, y respecto a la Alianza Conservadora Canadiense destacarán los casos de Stockwell Day y Stephen Harper. Al final, se concluirá el análisis del ala conservadora con el nacimiento del Partido Conservador de Canadá en 2003, y su primer liderazgo en la persona de Stephen Harper.

La particularidad del análisis y desarrollo de la fracción conservadora en este libro radica en que su complejidad obedece a que esta fracción política ha sufrido una serie de escisiones al interior del original Partido Conservador Progresista; una de éstas permitió la creación de una poderosa agrupación regional conservadora: el Partido Reformista, cuyo dominio avasallante en el oeste borró del mapa político a los protagonistas anteriores del Partido Conservador Progresista en esa región.

Posteriormente, la conformación de la Alianza Conservadora Canadiense y unificación final de las derechas en Canadá hicieron posible el retorno del Partido Conservador al poder, no sin que antes los líderes conservadores de sus distintos partidos protagonizaran una serie de historias de encuentros y desencuentros. Tales divergencias entre los liderazgos conservadores del país obedecieron sobre todo a que no lograban amalgamar los intereses de las propias élites conservadoras, que se veían amenazadas por el ascenso de nuevas agrupaciones electorales con ideologías similares.

En este punto, resulta preciso señalar que para efectos del análisis del ala conservadora canadiense, buena parte de nuestra investigación se ha apoyado en el trabajo del ideólogo conservador más influyente en Canadá, el estadounidense Tom Flanagan, quien fungiera como colaborador y coordinador de equipo del primer ministro Stephen Harper. Incluso el mismo Flanagan puede ser considerado como uno de los personajes que mayor influencia ha tenido en este primer ministro canadiense.

Así, Tom Flanagan, en dos de sus obras más recientes, *Waiting for the Wave. The Reform Party and the Conservative Movement* (2009) y *Harper's Team, Behind*

the Scenes in the Conservative Rise to Power (2009), ofrece de primera mano una serie de datos que ayudan a entender la forma de operar de la temible maquinaria político-electoral conservadora en lo que va del siglo XXI. La podemos considerar como temible, precisamente porque en aras de alcanzar sus objetivos, a través de los últimos ejercicios electorales, ha logrado sacar ventaja de sus oponentes mediante estrategias duras e implacables que envilecen a sus opositores y dividen a la ciudadanía.

Por consiguiente, gracias al estudio pormenorizado de los actores políticos conservadores de los últimos treinta años, identificando sus grandes errores y aciertos, se podrá estar en condiciones de entender cómo y por qué un país progresista y multicultural como Canadá ha podido ser gobernado durante la primera parte del siglo XXI por una mayoría parlamentaria cuyos orígenes provienen de la extrema derecha de las Praderas, esa misma derecha que se identifica con valores excluyentes, con visos racistas y una amalgama de valores religiosos cristianos poco tolerantes, los cuales, bajo el liderazgo de Stephen Harper, le han asegurado una permanencia ininterrumpida en el poder de 2006 a 2015, periodo que, de hecho, puede ser considerado desde ahora, como uno de los más largos y polémicos para los gobiernos conservadores de toda la historia.

Dicho lo anterior, se pretende, en primer lugar, identificar las características del sistema político canadiense, abarcando desde el origen del federalismo hasta sus primeras manifestaciones partidistas. Para lograrlo, se abordarán las características más sobresalientes de los distintos gobiernos liberales y conservadores desde 1867 y hasta 1979 para, de esta forma, comparar y dejar constancia de que los valores, la identidad y las plataformas de ambas agrupaciones políticas tienen sus bases en logros de gobierno muy añejos, cuyos antecedentes se remontan al siglo XIX. Por lo tanto, podrá observarse una tendencia de gobierno entre liberales y conservadores de carácter más moderado, e identificada con valores centristas no radicales.

En segundo lugar, se buscará describir de forma pormenorizada todos y cada uno de los procesos internos del Partido Liberal (de 1980 a 2011), sin hacer a un lado, desde luego, el análisis personal de los hechos. De este modo, será sólo a través de dicho análisis que logrará comprenderse el complejo proceso interno liberal de ruptura, mismo que tiene sus antecedentes en dos visiones distintas que, con el paso del tiempo, terminaron ahondando las diferencias entre camaradas de una misma agrupación política. Este proceso de descomposición liberal culminaría su ciclo autodestructivo con las elecciones federales de 2011, resultado que dejó al otrora poderoso Partido Liberal ante el peor resultado electoral de toda su historia. De hecho, este resultado ha ameritado un cambio de rumbo y un nuevo liderazgo que en el futuro deberá contar con sólidos y leales cuadros políticos, además de amplias bases de apoyo social.

En tercer lugar, se mostrará el complejo periodo de cambios y reformulaciones que se han vivido en el interior del ala conservadora, mismas que incluyeron escisiones dentro del tradicional Partido Conservador Progresista y el surgimiento de nuevas agrupaciones partidistas de diversa índole y características. No obstante, se observará cómo, pese a su división, en realidad el espíritu y la fuerza conservadora nunca desapareció de ciertas regiones del país y sí, por el contrario, reafirmó los añejos y tradicionales valores regionales conservadores.

Por consiguiente, habrá de señalarse cómo el gran reto para la reunificación conservadora fue, sobre todo, superar los prejuicios mutuos entre conservadores urbanos y cosmopolitas de Ontario y Quebec, quienes veían con desdén y displicencia a los conservadores de Alberta, a los que consideraban, en buena medida, incultos y rurales. Esto sucedía mientras precisamente estos conservadores del oeste veían a los del centro y del este del país como liberales disfrazados de conservadores que manifestaban —de forma reiterada— su desdén e indiferencia hacia las necesidades de los habitantes de las Praderas y del oeste.

Para finalizar esta parte, cabe señalar que no existe en la actualidad un trabajo con estas características en México —ni toda América Latina—, en donde se amalgamen el federalismo, el sistema político canadiense, las características, los valores y las plataformas de sus principales partidos. Al mismo tiempo, no sobran los trabajos que aborden los procesos internos de elección partidista en Canadá, las características del gobierno y sus campañas electorales.

Esta situación provoca que no haya un conocimiento adecuado sobre Canadá en países con tradiciones políticas y características culturales diferentes, como lo son México y el resto de Latinoamérica. Incluso, cabría señalar que aun en Canadá son muy limitadas las referencias respecto a lo que aquí se aborda.

Uno de los ejes centrales de esta investigación es desarrollar un estudio pormenorizado y detallado de hechos que logren identificar los momentos más sobresalientes de la historia política canadiense reciente. Hemos aprovechado todos los recursos tecnológicos a nuestro alcance para consultar y verificar cada uno de los datos y hechos aquí mencionados.